

de, pues, procede que no le amamos únicamente? ¿Qué es lo que puede justificar este desamor? Cuando encontramos algo muy perfecto y cumplido en cualquier género que sea, ya no podemos sufrir lo demás.

Una hermosa voz bien educada nos produce un extraño disgusto de los malos cantores; un hombre entendido en pintura y que ha estudiado durante algún tiempo los originales de Rafael y del Ticiano no se digna fijar sus ojos sobre las obras de otros pintores. Cuando se ha vivido entre personas educadas y finas no es posible acostumbrarse a una conversación menos delicada y fina.

Dios, fuente de toda perfección

Dios no solamente es perfecto, sino que es la fuente de toda perfección. Sólo de Él se la puede sacar, y hay que hacerlo, estudiándolo y considerándolo: *Similes ei erimus quoniam vidimus eum sicuti est.* (I Joan. III,2). «Seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como es».

Esto será en el Cielo; mas en esta vida, tanto más nos asemejaremos a Él cuanto más lo contemplemos. Tenemos gran obligación de ser perfectos, porque en un hombre que predica la virtud y hace profesión de ella, las imperfecciones perjudican más al prójimo que le aprovecha su virtud; dan ocasión para creer que no hay verdadera santidad, que es imposible la perfección y que no es sino ilusión y mojigatería.

Si las imperfecciones no producen estos pensamientos, persuaden al menos a los flojos que se pueden tener y ser santo al mismo tiempo. Es lo bastante para adormecer a un imperfecto y para alimentar en su corazón alguna pasión que le lisonjea y que ama, el haber observado alguna sombra de ella en un hombre que tiene reputación de hombre de bien. Créese por esto autorizado a continuar contentando su amor propio y se imagina que no será por ello menos santo.

Eternidad de Dios

Pensando en la eternidad de Dios me la he representado

como una roca inmóvil a la orilla de un río, desde donde el Señor ve pasar todas las criaturas sin moverse y sin que Él pase nunca.

Todos los hombres que se apegan a las cosas creadas me han parecido como individuos que, arrastrados por la corriente de las aguas, se agarran los unos a una tabla, los otros a un tronco de árbol, los otros a una aglomeración de espuma que toman por cosa sólida. Todo eso se lo lleva la corriente; los amigos mueren, la salud se consume, la vida pasa, se llega a la eternidad llevado sobre esos pasajeros apoyos como a un dilatado mar, donde no podéis impedir el entrar y el perderos. Compréndese bien cuán imprudente ha sido uno al no agarrarse a la roca, al Eterno; se quisiera volver atrás, pero las olas nos han llevado demasiado lejos y no se puede volver; es necesario perecer juntamente con las cosas perecederas.

Por el contrario, un hombre que se abraza a Dios ve sin temor el peligro y la pérdida de todas las otras cosas. Suceda lo que suceda, cualquier revolución que suceda, se encuentra siempre sobre su roca. Dios no puede escapársele; abrazado a solo El, se encuentra siempre a Él asido; la adversidad le sirve sólo para regocijarse de la buena elección que ha hecho. Posee siempre a su Dios; la muerte de sus amigos, de sus parientes, de los que le estiman y favorecen el alejamiento, el cambio de empleo o de lugar, la edad, la enfermedad, la muerte, nada le quitan de su Dios. Está siempre igualmente contento, diciendo en la paz y gozo de su alma: *Mihi autem adhaerere Deo bonum est, ponere in Domino meo spem meam*. (Ps. LXXII,28). «Bueno es para mí el arrimarme a Dios; poner en el Señor mi esperanza».

Esta consideración me ha conmovido mucho. Me parece haber comprendido esta verdad y que Dios me ha hecho la gracia de persuadirme de ella de tal modo, que me da gran ánimo y facilidad para desprenderme de todo y no buscar más que a Dios en toda mi vida y por todos los caminos en que a Él le agradará meterme, no manifestando nunca inclinación ni repugnancia, recibiendo ciegamente todos los empleos que mis Superiores me encargaren.

Y si alguna vez sucediese que me diesen a escoger (lo pro-

meto, Dios mío, y confío guardarlo con vuestra gracia); si sucediese, digo, que me diesen a escoger mis Superiores, prometo renovaros el voto que me habéis inspirado hacer: de escoger siempre el empleo y lugar hacia los cuales sintiere mayor repugnancia y donde crea, según Dios y en verdad, que tendré más que sufrir. Vos me habéis dado el ejemplo, iamable Jesús mío!, y en cuanto pueda quiero regirme por vuestros ejemplos y vuestras máximas, que son las únicas que me pueden conducir a Vos y sacarme de mis perplejidades e ignorancias y de los errores en que pueden precipitarme mis pasiones.

DE OCHO DIAS, DE SAN CLAUDIO DE LA COLOMBIERE HECHO EN LONDRES EL 1677

SENTIMIENTOS Y AFECTOS VARIOS

Aviso

Los que se tomen el trabajo de leer este *Retiro*, se encontrarían embarazados si no les comunicase los *puntos de la Memoria* de que habla el P. de la Colombière en el tercero y quinto día de este Diario de sus Ejercicios espirituales. Esta Memoria le fue dada al salir de Francia para ir a Inglaterra como predicador de su Alteza Real Madame la Duquesa de York. La probidad y la virtud de la persona que le dio este papel (Santa Margarita María) hizo que el Padre lo guardase cuidadosamente. Sólo hay tres artículos, que he creído deber poner aquí palabra por palabra, copiados cuidadosamente del original, sin añadir nada.

I. El talento del Padre de la Colombière es llevar las almas a Dios: por esto los demonios dirigirán contra él sus esfuerzos; hasta personas consagradas a Dios le harán sufrir, y no aprobarán lo que diga en sus sermones para guiarlas a dicho fin; pero la bondad (de Dios) será su sostén en sus cruces, tanto cuanto en El confíe.

II. Debe tener una dulzura compasiva para con los pecadores y no servirse de la fuerza sino cuando Dios se lo dé a entender.

III. Que tenga gran cuidado de no sacar jamás el bien de su fuente. Esta palabra es corta, pero encierra muchas cosas, de las cuales Dios le dará la inteligencia según la aplicación que haga de ella.

Ardiente celo de las almas

Al presente me encuentro en una disposición completamente opuesta a la que tenía hace dos años¹. El temor me preocupaba completamente y no sentía atractivo ninguno por las obras de celo, por la aprensión que sentía de que no me podría salvar de los peligros o lazos que trae consigo la vida activa, en que veía que me iba a comprometer mi vocación. Hoy ese temor se ha disipado; todo cuanto hay en mí me impulsa a trabajar por la salvación y santificación de las almas.

Me parece que sólo para eso amo la vida, y que sólo quiero la santificación por ser un medio admirable para ganar muchos corazones para Jesucristo.

Me parece que la causa de encontrarme en esta disposición es el no sentir ya tanta pasión por la vanagloria. Es un milagro que sólo Dios podía obrar en mí. Los empleos brillantes ya no me mueven como me movían antes.

Me parece que ya no busco más que almas, y que las de las aldeas y pueblecillos me son tan queridas como las otras. Además, hace ya mucho, por la misericordia de Dios, que las alabanzas y la estima de los hombres no me conmueven como otras veces, aun cuando soy todavía demasiado sensible a ellas. Pero estaba antes tan importunado por esta tentación, que me quitaba todo ánimo y me hacía casi perder la esperanza de poder trabajar por mi salvación, mientras pensaba en la salvación de los otros. De suerte que si yo hubiese estado libre, no dudo que hubiera pasado mis días en la soledad.

Esta tentación empezó a debilitarse por una palabra que

1. El 1675, al hacer la Tercera Probación, en cuyos Ejercicios de mes escribió los Apuntes que leímos más arriba. Interrumpió esta Probación para ir de Superior a Paray.

me dijo un día N.N. (la Hermana Margarita María). Pues como me dijese un día que al rogar a Dios por mí, Nuestro Señor le había dado a entender que mi alma le era querida y que tendría especial cuidado de ella, yo le respondí: *—¡Ay! N.N., ¿cómo puede concordar esto con lo que yo siento dentro de mí? ¿Podrá amar Nuestro Señor a una persona tan vana como yo; a una persona que sólo busca agradar a los hombres y merecer su consideración, llena de respetos humanos? —¡Oh Padre mío! —replicó—; nada de eso habita en vos.*

Es verdad que esta palabra me calmó, y que al paso que comencé a turbarme menos con estas tentaciones, comenzaron también ellas a debilitarse y a ser menos frecuentes.

Pero nada ha contribuido tanto, según me parece, a darme este deseo de trabajar en la salvación de las almas como dos cosas: el éxito que plugo a Dios dar a los pequeños cuidados de que me hice cargo en N. (*Paray-le-Monial*) y lo que N.N. (*la Hermana Margarita María*) me mandó decir a mi salida por medio de N.N. (*la Madre de Saumaise*) e hice me lo dieran por escrito. Veo todos los días cosas, que me dan lugar a creer que no se ha equivocado. ¡Concédame Dios la gracia de hacer buen uso de tantos bienes, de los cuales me había hecho tan indigno!

Fin del hombre

El pensamiento de que Dios me ha hecho sólo para Él, me eleva, a lo que creo, por encima de las criaturas y me coloca en una libertad e independencia que produce en mi corazón una gran paz y un gran deseo de consumirme por su servicio. Quisiera, si me fuera posible, no resistir jamás a la voluntad de Dios.

Siento en mí un gran deseo de seguir todas sus inspiraciones, sobre todo, después que una persona, de trato sumamente familiar con Dios, me dijo que Nuestro Señor le había dado a entender que yo le resistía hacía ya mucho tiempo en una cosa sobre la que yo titubeaba, a lo que yo creía, por temor de no obrar con prudencia.

Lazos del demonio

Me he dado cuenta el tercer día de mis Ejercicios, de que el primer punto del papel que me dieron al salir para Londres, el cual punto me ha sido confirmado de nuevo en una carta que recibí hace dos meses; me he dado cuenta, digo, de que no era sino muy verdadero.

Porque desde mi salida de París el demonio me ha tendido cinco o seis lazos que me han turbado mucho, y de los cuales no me he visto libre sino por una gracia particular y después de haber caído en mil cobardías. No sé cómo no me di cuenta en seguida, por la turbación que estas cosas me causaban. Cierto, no eran cosas enteramente malas; pero sí cosas en las cuales dudaba cuál de ellas era la mejor. Y el partido de la naturaleza se hallaba tan fortalecido con la tentación del demonio, que me impedía ver lo más perfecto, o me quitaba al menos la fuerza para abrazarlo; de tal manera, que me encontraba en gran turbación y en inquietudes que han cesado, gracias a Dios, por la gracia que Nuestro Señor me ha hecho de hacerme ver la verdad y abrazarme con ella.

«No sacar el bien de su fuente»

El quinto día Dios me ha dado, si no me equivoco, la inteligencia de este punto de la *Memoria* que he traído de Francia: *Que tenga gran cuidado de no sacar jamás el bien de su fuente. Esta palabra es corta, pero encierra muchas cosas, de las cuales Dios le dará la inteligencia según la aplicación que haga de ella.* Es verdad que muchas veces había examinado esta palabra –sacar el bien de su fuente– sin poder penetrar su sentido.

Hoy, habiendo notado que Dios debía dármele a entender según la aplicación que de ella hiciese, la he meditado mucho tiempo sin encontrar en ella otro sentido que éste: que debo referir a Dios todo el bien que quiera obrar por mí, puesto que Él es su única fuente. Pero apenas he apartado con trabajo mi pensamiento de esta consideración, cuando de pronto se ha

hecho luz en mi espíritu, a favor de la cual he visto claramente que esta era la resolución de la duda que tanto me había turbado los dos o tres primeros días de mis Ejercicios sobre el uso que debía hacer del dinero de mi pensión.

He comprendido que esta palabra contiene mucho, porque lleva a la perfección de la pobreza, a un gran desprendimiento de toda vanagloria, a la perfecta observancia de las reglas y que es ella la fuente de una gran paz interior y exterior, y de muchos actos de edificación; y que, por el contrario, siguiendo cualquiera otro consejo por muy especioso que fuese:

1.º Me hubiera alejado de la perfección de la pobreza.

2.º Hubiera tenido que pedir dispensa sin necesidad.

3.º Dada a la vanagloria y al amor propio un alimento delicado.

4.º Me exponía a cuidados exteriores que me hubieran ocupado mucho tiempo.

5.º Corría peligro de escandalizar a los de Francia e inspirarles amor al mundo, o al menos hubiera privado a los de Inglaterra de un buen ejemplo.

6.º Iba a entregarme a todas las espinas que la avaricia trae consigo, y empezaba ya a estar muy inquieto.

Lo que hay en esto de admirable y hace ver que sois bueno de veras, ioh Dios mío!, es que me habéis hecho la gracia de comprometerme con voto a seguir este consejo antes de darme la inteligencia. No sabría yo decir los sentimientos de alegría, de reconocimiento, de confianza en Dios y de valor que me ha inspirado este conocimiento.

Había todavía algunos puntos a los cuales no había extendido el voto porque esto estaba aún muy lejos; pero heme ya, si al Señor le place, tranquilo sobre este particular para toda mi vida. ¡Alabado sea mil y mil veces el Señor, que ha querido hacerme conocer así su misericordia y la santidad de la persona de quien le plugo servirse para darme este aviso!

Segundo punto de la Memoria

He encontrado también en el segundo artículo un remedio

contra una tentación que, desde que estoy aquí, me ha atormentado mucho. En él he visto claramente la conducta que debiera haber observado respecto de una persona cuyas acciones me desagradan; no sé cómo no lo he entendido antes; pero Dios sea alabado, que al fin lo he comprendido. Este papel contenía justamente todas las Reglas de que tenía necesidad para sustraerme de los lazos del demonio; sólo queda allí un punto cuya ejecución permitirá Dios cuando a Él le plazca. Toda mi confianza está en Él.

Renovación del Voto de perfección

El sexto día, meditando sobre el voto particular que tengo hecho, me he sentido tocado de un gran agradecimiento hacia Dios, que me ha concedido la gracia de hacer este voto. Nunca había tenido tanto tiempo para considerarlo bien; he sentido grande gozo al verme así atado con mil cadenas para cumplir la voluntad de Dios. No me he aterrorizado a vista de tantas obligaciones tan delicadas y tan estrechas, porque me parece que Dios me ha llenado de muy gran confianza, de que no he hecho sino cumplir su voluntad al abrazar estos compromisos, y que Él me ayudará a cumplirle mi palabra. Es del todo evidente que, sin una particular protección, sería casi imposible guardar este voto; lo he renovado con todo mi corazón y espero que Nuestro Señor no permitirá que jamás lo viole.

Oración afectiva

He notado hoy, séptimo día, que, aunque Dios me ha concedido muchas gracias en este Retiro, no ha sido, sin embargo, sin más trabajo que de ordinario. No sé si esto será por haber querido sujetarme a los puntos ordinarios, hacia los cuales no siento ningún atractivo. Me parece hubiera pasado horas enteras sin agotarme ni fatigarme, considerando a Dios alrededor de mí y dentro de mí, sosteniéndome y ayudándome, alabándole por sus misericordias y entreteniéndome en sentimientos

de confianza, en deseos de ser de Él sin reserva, anonadando en mí todo lo que es mío, deseando glorificarle hacerle glorificar por otros, viendo mi impotencia y la gran necesidad que tengo de la ayuda de lo alto, complaciéndome en todo lo que Dios puede querer, ya con respecto a mí, ya con respecto a otras personas, con las cuales tengo alguna obligación.

Y sin embargo, cuando yo quería considerar algún misterio, me sentía, desde luego, cansado y quebrada la cabeza; de suerte que puedo decir que jamás he tenido menos devoción que en la oración. Creo que no haré mal en continuar trabajando en lo sucesivo como lo hacía antes, para unirme con Dios presente por la fe y después con actos de otras virtudes a las que más atraído me sienta.

Esta manera de oración no está expuesta a ilusiones, me parece, porque nada hay más verdadero que el que Dios está en nosotros y nosotros en Él, y que esta presencia es un gran motivo de respeto, de confianza, de amor, de alegría, de fervor. Sobre todo, que la imaginación no tiene parte en el cuidado que tomamos en representarnos esta verdad, y que no nos servimos para esto sino de las luces de la fe.

Confianza ilimitada en Dios

Este octavo día paréceme haber encontrado un gran tesoro, si sé aprovecharme de él. Es una firme confianza en Dios, fundada en su infinita bondad y en la experiencia que tengo de que jamás nos falta en nuestras necesidades. Además, encuentro en la Memoria que me dieron al salir de Francia, que me promete Dios ser mi fortaleza, según la confianza que tenga en Él. Por esto he resuelto no poner límites a esta confianza y extenderla a todo. Me parece que en lo sucesivo debo servirme de Nuestro Señor como de un escudo que me rodea, y que opondré a todos los dardos de mis enemigos.

Vos seréis, pues, mi fortaleza, ioh Dios mío! Vos seréis mi guía, mi director, mi consejero, mi paciencia, mi ciencia, mi paz, mi justicia y mi prudencia. A Vos recurriré en mis tentaciones, en mis sequedades, en mis disgustos, en mis fastidios,

en mis temores. O más bien, no quiero temer ya ni las ilusiones, ni los artificios del demonio, ni mi propia debilidad, ni mis indiscreciones, ni aun siquiera mi desconfianza; porque Vos debéis ser mi fortaleza en todas mis cruces, y me prometéis serlo a proporción de mi confianza. Y lo que es admirable, ¡oh Dios mío!, que al mismo tiempo que me ponéis en esta condición, me parece que me dais esta confianza; sed eternamente amado y alabado por todas las criaturas, ¡oh mi amabilísimo Señor! ¿Qué haría yo, ¡pobre de mí!, si no fueseis Vos mi fortaleza?

Pero siéndola, como me lo aseguráis, ¿qué no haré yo por vuestra gloria? *Omnia possum in eo qui me confortat*. (Phil. IV,13). «Todo lo puedo en Aquel que me conforta». Vos en todas partes estáis en mí y yo en Vos; luego en cualquier parte que me encuentre, cualquier peligro, cualquier enemigo que me amenace, tengo mi fuerza conmigo.

Este pensamiento es capaz de disipar en un momento todas mis penas y, sobre todo, algunos resabios de la naturaleza que siento con tal fuerza en algunos instantes, que no puedo contenerme de temblar por mi perseverancia y de estremecerme a vista de la completa desnudez a que Dios me ha hecho la gracia de llamarme.

Todos los textos de la Sagrada Escritura que hablan de esperanza me consuelan y fortifican:

In te Domine speravi, non confundar in aeternum... (Ps. XXX,2) «En Vos, Señor, he puesto mi esperanza; no seré confundido eternamente».

In pace in idipsum dormiam et requiescam; quoniam tu Domine singulariter in spe constituisti me... (Ps. III,9 y 10). «Dormiré en paz y descansaré, porque me habéis, ¡oh Dios mío!, confirmado de un modo especial en la esperanza».

Diligan te Domine fortitudo mea... (Ps. XVII,2). «Os amaré, Señor, a Vos que sois mi fuerza».

Dominus firmamentum meum et refugium meum... (Ps. XXVI,1). «El Señor es mi apoyo y mi refugio».

Dominus illuminatio mea et salus mea: quem timebo?... (Ps. XXVI,1). «El Señor es mi luz y mi salvación: ¿a quién temeré?».

Laus mea et fortitudo mea Dominus. (Psalmus CXVII,14).
«El Señor es mi gloria y mi fortaleza».
Él será, también, si le place, mi agradecimiento.

Amor a Jesús Sacramentado

Al acabar este Retiro lleno de confianza en la misericordia de mi Dios, me he hecho una ley de procurar, por todos los caminos posibles, la ejecución de lo que me fue prescrito de parte de mi adorable Maestro, respecto de su precioso cuerpo en el Santísimo Sacramento del Altar, donde creo está real y verdaderamente presente.

Movido a compasión hacia esos ciegos que no quieren someterse a creer este grande e inefable misterio, daría yo voluntariamente mi sangre para persuadirles de esta verdad que yo creo y profeso.

En este país (*Inglaterra*), en donde se hace punto de honor el dudar de vuestra presencia real en este augusto Sacramento, siento gran consuelo en hacer muchas veces al día actos de fe respecto a la realidad de vuestro cuerpo adorable, bajo las especies de pan y vino.

Devoción a la Iglesia Romana

Mi corazón se dilata cada vez que me doy a hacer estos actos de fe sobre las verdades que la Iglesia Romana, que es la única Iglesia verdadera y fuera de la cual no hay que esperar salvación, nos enseña. Mi corazón, digo, se dilata en semejantes ocasiones y siente dulzuras que puedo, sí, gustar y recibir de la misericordia de mi Dios, pero que no las puedo explicar. ¡Qué bueno sois, Dios mío, al comunicaros con tanta bondad a la más ingrata de vuestras criaturas y al más indigno de vuestros siervos! ¡Sed alabado y bendito eternamente!

Devoción al Sagrado Corazón de Jesús

He reconocido que Dios quiere servirse de mí, procurando

el cumplimiento de sus deseos respecto a la devoción que ha sugerido a una persona (*Santa Margarita María*), a quien Él se comunica muy confidencialmente y para la cual ha querido servirse de mi flaqueza. Ya la he inspirado a muchas personas en Inglaterra y he escrito a Francia a uno de mis amigos, rogándole que dé a conocer su valor en EL sitio en que se encuentra. Esta devoción será allí muy útil, y el gran número de almas escogidas que hay en esa Comunidad me hace creer que el practicarla en dicha santa casa será muy agradable a Dios. ¡Que no pueda yo, Dios mío, estar en todas partes y publicar lo que Vos esperáis de vuestros servidores y amigos!

La Gran Revelación (16 de Junio de 1675)

Habiéndose, pues, Dios descubierto a la persona que hay motivo para creer que es persona según su corazón, por las grandes gracias que le ha hecho, ella se me manifestó a mí y yo la obligué a poner por escrito lo que me había dicho. Y esto es lo que, con mucho gusto, he querido copiar de mi mano en el Diario de mis Retiros, porque quiere el buen Dios valerse de mis débiles servicios en la ejecución de ese designio.

«Estando, dice esta santa alma, delante del Santísimo Sacramento un día de su octava, recibí de mi Dios gracias excesivas de su amor. Movida del deseo de corresponderle de algún modo y devolverle amor por amor, me dijo:

—*«No me puedes dar mayor prueba de amor que la de hacer lo que ya tantas veces te he pedido»*, y descubriéndome su divino Corazón: *«He aquí el Corazón que ha amado tanto a los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor; y en reconocimiento no recibo de la mayor parte más que ingratitudes por los desprecios, irreverencias, sacrilegios y frialdades que tienen para Mí en este Sacramento de Amor. Pero lo que me es aún más sensible es que son corazones que me están consagrados los que así me tratan. Por esto te pido que se dedique el primer viernes, después de la octava del Santísimo Sacramento, a una fiesta par-*

ticular para honrar mi Corazón, reparando su honor por medio de un acto público de desagravios, y comulgando ese día, para reparar las injurias que ha recibido durante el tiempo que ha estado expuesto sobre los altares. Y yo te prometo que mi Corazón se dilatará para derramar con abundancia las influencias de su divino amor sobre los que le rindan este honor.

»—Pero, Señor mío, ¿a quién os dirigís? ¿A una criatura tan ruin y pobre pecadora, cuya misma indignidad sería capaz de impedir el cumplimiento de vuestros designios? Vos que tenéis tantas almas generosas para ejecutar vuestros planes.

»—¡Ay! ¿No sabes tú, pobre inocente como eres, que yo me sirvo de los sujetos más débiles para confundir a los fuertes; y que de ordinario, sobre los más pequeños y pobres de espíritu es sobre quienes hago brillar con más esplendor mi poder, a fin de que nada se atribuyan a sí mismos?

»—Dadme, pues, le dije, el medio para hacer lo que me mandáis—. Entonces me añadió:

»—Dirígete a mi siervo N. y dile de mi parte que haga todo lo posible para establecer esta devoción y dar este placer a mi divino Corazón; que no se desanime por las dificultades que para ello encontrará, y que no le han de faltar. Pero debe saber que es todopoderoso aquel que desconfía enteramente de sí mismo para confiar únicamente en Mí».

Fin del Retiro. Afectos varios

En este Retiro que termino hoy (8 de Febrero de 1677) las luces que ha placido a Dios comunicarme han sido más cortas; pero también por su misericordia más claras que otras veces.

El sentimiento más ordinario que he tenido ha sido un deseo de abandonarme y olvidarme enteramente de mí mismo, según el consejo que me ha sido dado de parte de Dios, como así lo creo, por medio de la persona de quien Dios se ha servido para otorgarme muchas gracias. A veces he llegado a entrever en qué consiste este olvido total de sí mismo y el estado de una alma que no tiene para Dios reserva alguna. Este estado que me ha dado miedo durante tanto tiempo, empieza a agra-

darme., y espero que, con la gracia de Dios, lograré llegar a él. Me sorprende a veces en sentimientos opuestos a este total abandono, y esto me causa gran confusión.

Cuando acierto a recogerme en mí, me siento por la misericordia infinita de Dios en una libertad de corazón que me causa incomparable alegría. Creo que nada puede hacerme desgraciado; no me encuentro apegado a nada, al menos entonces; pero esto no impide que sienta cada día movimientos de casi todas las pasiones; pero un momento de reflexión las calma.

He gustado a menudo gran alegría interior al pensar que estoy al servicio de Dios; siento que esto vale mucho más que todo el favor de los Reyes. La ocupaciones de las gentes del mundo me parecen muy despreciables en comparación de lo que se hace por Dios.

Me encuentro elevado por encima de todos los reyes de la tierra por el honor que tengo de ser de Dios. Siento que vale más conocerle y amarle que reinar; y aunque tenga a veces pensamientos de ambición y vanagloria, es cierto que toda la gloria del mundo, separada del conocimiento y amor de Dios, no me tentaría nada. Me inspiran grandísima compasión todos los que no se contentan con Dios, aunque posean todo cuanto desean, fuera de Él.

He descubierto también, y descubro todos los días, nuevas ilusiones en el cielo, y siento un gran deseo de purificar bien el que Dios me inspira y que siento crecer en mí de día en día.

También he tenido sentimientos de gran confusión por mi vida pasada. Una persuasión tan firme como clara de lo poco o nada que contribuimos a la conversión de las almas; una vista muy distinta de mi nada.

Me he dado cuenta de la necesidad de andar siempre con gran circunspección, y una gran humildad y desconfianza de sí mismo en la dirección de las almas y en su propia conducta espiritual. Hay que desprenderse completamente del excesivo deseo que naturalmente sentimos de hacer grandes progresos por cierto sentimiento de amor propio; esto hace que caigamos en grandes ilusiones, y puede comprometernos en cosas muy indiscretas. El amor de la humildad, de la abyec-

ción, de la vida oculta y oscura es gran remedio a todos estos males.

Nos comparamos insensible y muy ridículamente a los mayores Santos por puro movimiento del Espíritu Santo. Queremos hacer en un día en nosotros mismos, y en los demás, lo que a ellos les costó muchos años; no tenemos ni su prudencia, ni su experiencia, ni sus talentos, ni sus dones sobrenaturales. En una palabra, ellos eran Santos y nosotros estamos aún muy lejos de serlo; y sin embargo, somos tan presuntuosos, que creemos poder hacer todo lo que ellos hicieron.

Sólo se encuentra la paz en el total olvido de sí mismo. Es necesario que nos resolvamos a olvidarnos hasta de nuestros intereses espirituales para no buscar más que la pura gloria de Dios.

Siento continuamente un gran deseo, cada vez mayor, de darme de veras a la observancia de mis Reglas. Tengo verdadero e intenso placer en practicarlas. Cuanto más exacto soy en cumplirlas, tanto más me parece que entro en una perfecta libertad; es cierto, en esto no me violento. Al contrario, este yugo se me hace, por decirlo así, cada día más ligero. Considero esto como la mayor gracia que he recibido en toda mi vida.

No puedo decir hasta qué punto me encuentro miserable: mi imaginación es loca y extravagante. Todas las pasiones sacuden mi corazón, y apenas se me pasa un día sin que una tras otra no exciten en él sus más desordenados movimientos. Tan pronto son objetos reales como imaginarios los que las remueven. Verdad es que por la misericordia de Dios sufro todo esto sin contribuir mucho a ello y sin consentirlo; pero a cada momento sorprendo en mí estas pasiones locas que agitan mi pobre corazón.

Este amor propio huye de rincón en rincón y siempre encuentra algún escondrijo; tengo gran compasión de mí mismo, pero no por eso me encolerizo, ni me impaciento; ¿de qué me serviría? Pido a Dios me haga conocer lo que tengo que hacer para servirle y para purificarme; pero estoy resuelto a esperar con dulzura hasta que a Él le plazca hacerme esta merced, pues estoy bien convencido de que ésto sólo a Él le pertenece: *Quis potest facere mundum de immundo conceptum semine,*

nisi tu qui solus es? (Job. XIV,4). «¿Quién puede hacer puro a un ser concebido de sangre impura, sino tú, el único que existe? (por Sí mismo)». Con tal que yo pueda ir a Dios con gran sencillez y confianza, soy muy feliz. ¡Dios mío! haced que tenga yo siempre este pensamiento en mi espíritu.

Siento en mí un gran deseo de hacer el bien, conozco los medios para ello, y con tal que reflexione al obrar faltaré en pocas cosas; pero esta reflexión es una gran gracia de Dios, que le pido muy humildemente.

He aquí algunas palabras que nunca se presentan a mi espíritu sin que la luz, la paz, la libertad, la dulzura y el amor entren en él al mismo tiempo: *Sencillez; Confianza; Humildad; Abandono completo; Ninguna reserva, Voluntad de Dios; Mis Reglas.*

No gusto alegría semejante a la que experimento cuando descubro en mí alguna nueva flaqueza que se me había ocultado hasta entonces. Muchas veces he tenido este placer durante este Retiro, y lo tendré cuantas le plazca a Dios comunicarme su luz en las reflexiones que haga sobre mí mismo. Creo firmemente, y siento gran placer al creerlo, que Dios conduce a los que se abandonan a su dirección y que se cuida aun de sus cosas más pequeñas.

Cada día siento mayor devoción a San Francisco de Sales; ruego a Dios Nuestro Señor me haga la gracia de acordarme a menudo de este Santo para invocarle e imitarle.

EL ABANDONO CONFIADO A LA DIVINA PROVIDENCIA

1. VERDADES CONSOLADORAS

Una de las verdades mejor establecidas y de las más consoladoras que se nos han revelado es que *nada nos sucede en la tierra*, excepto el pecado, *que no sea porque Dios lo quiere*; Él es quien envía las riquezas y la pobreza; si estáis enfermos, Dios es la causa de vuestro mal; si habéis recobrado la salud, es Dios quien os la ha devuelto; si vivís, es solamente a Él a quien debéis un bien tan grande; y cuando venga la muerte a concluir vuestra vida, será de su mano de quien recibiréis el golpe mortal.

Pero, cuando nos persiguen los malvados, ¿debemos atribuirlo a Dios? Sí, también le podéis acusar a Él del mal que sufrís. Pero no es la causa del pecado que comete vuestro enemigo al maltrataros, y si es la causa del mal que os hace este enemigo mientras peca.

No es Dios quien ha inspirado a vuestro enemigo la perversa voluntad que tiene de haceros mal, pero es Él quien le ha dado el poder. No dudéis, si recibís alguna llaga, es Dios mismo quien os ha herido. Aunque todas las criaturas se aliaran contra vosotros, si el Creador no lo quiere, si Él no se une a ellas, si Él no les da la fuerza y los medios para ejecutar sus malos designios, nunca llegarán a hacer nada: *No tendrías ningún poder sobre mí si no te hubiera sido dado de lo Alto*, decía el Salvador del mundo a Pilatos. Lo mismo podemos decir a los demonios y a los hombres, incluso a las criaturas privadas de razón y de sentimiento. No, no me afligiríais, ni me incomodaríais como hacéis si Dios no lo hubiera ordenado así;

es Él quien os envía, Él es quien os da el poder de tentarme y afligirme: *No tendríais ningún poder sobre mí si no os fuera dado de lo Alto.*

Si meditáramos seriamente, de vez en cuando, este artículo de nuestra fe, no se necesitaría más para ahogar todas nuestras murmuraciones en las pérdidas, en todas las desgracias que nos suceden. Es el Señor quien me había dado los bienes, es Él mismo quien me los ha quitado; no es ni esta partida, ni este juez, ni este ladrón quien me ha arruinado; no es tampoco esta mujer que me ha envenenado con sus medicamentos; si este hijo ha muerto... todo esto pertenecía a Dios y no ha querido dejármelo disfrutar más largo tiempo.

Confiemos en la sabiduría de Dios

Es una verdad de fe que Dios dirige todos los acontecimientos de que se lamenta el mundo; y aún más, no podemos dudar de que todos los males que Dios nos envía nos sean muy útiles: no podemos dudar sin suponer que al mismo Dios le falta la luz para discernir lo que nos conviene.

Si, muchas veces, en las cosas que nos atañen, otro ve mejor que nosotros lo que nos es útil, ¿no será una locura pensar que nosotros vemos las cosas mejor que Dios mismo, que Dios que está exento de las pasiones que nos ciegan, que penetra en el porvenir, que prevé los acontecimientos y el efecto que cada causa debe producir? Vosotros sabéis que a veces los accidentes más importunos tienen consecuencias dichasas, y que por el contrario los éxitos más favorables pueden acabar finalmente de manera funesta. También es una regla que Dios observa a menudo, de ir a sus fines por caminos totalmente opuestos a los que la prudencia humana acostumbra escoger.

En la ignorancia en que estamos de lo que debe acaecernos posteriormente, ¿cómo osaremos murmurar de lo que sufrimos por la permisón de Dios? ¿No tememos que nuestras quejas conduzcan a error, y que nos quejamos cuando tenemos el mayor motivo para felicitarnos de su Providencia? José es vendido, se le lleva como esclavo, y se le encarcela; si se

afligiera de sus desgracias, se afligiría de su felicidad, pues son otros tantos escalones que elevan insensiblemente hasta el trono de Egipto. Saúl ha perdido las asnas de su padre; es necesario ir las a buscar muy lejos e inútilmente; mucha preocupación y tiempo perdido, es cierto; pero si esta pena le disgusta, no hubiera habido disgusto tan irracional, visto que todo esto estaba permitido para conducirlo al profeta que debe ungirle de parte del Señor, para que sea el rey de su pueblo.

¡Cuánta será nuestra confusión cuando comparezcamos delante de Dios, y veamos las razones que habrá tenido de enviarnos estas cruces que hemos recibido tan a pesar nuestro! He lamentado la muerte del hijo único en la flor de la edad: ¡Ay!, pero si hubiera vivido algunos meses o algunos años más, hubiera perecido a manos de un enemigo, y habría muerto en pecado mortal. No he podido consolarme de la ruptura de este matrimonio: Si Dios hubiera permitido que se hubiera realizado, habría pasado mis días en el duelo y la miseria. Debo treinta o cuarenta años de vida a esta enfermedad que he sufrido con tanta impaciencia. Debo mi salvación eterna a esta confusión que me ha costado tantas lágrimas. Mi alma se hubiera perdido de no perder este dinero. ¿De qué nos molestamos?... ¡Dios carga con nuestra conducta, y nos preocupamos! Nos abandonamos a la buena fe de un médico, porque lo suponemos entendido en su profesión; él manda que se os hagan las operaciones más violentas, alguna vez que os abran el cráneo con el hierro; que os horade, que os corten un miembro para detener la gangrena, que podría llegar hasta el corazón. Se sufre todo esto, se queda agradecido y se le recompensa libremente, porque se juzga que no lo haría si el remedio no fuera necesario, porque se piensa que hay que fiar en su arte; ¡y no le concederemos el mismo honor a Dios! Se diría que no nos fiamos de su sabiduría y que tenemos miedo de que nos descaminara. ¡Cómo!, ¿entregáis vuestro cuerpo a un hombre que puede equivocarse y cuyos menores errores pueden quitarnos la vida, y no podéis someteros a la dirección del Señor?

Si viéramos todo lo que Él ve, querríamos infaliblemente todo lo que Él quiere; se nos vería pedirle con lágrimas las mismas aflicciones que procuramos apartar por nuestros votos

y nuestras oraciones. A todos nos dice lo que dijo a los hijos de Zebedeo: *Nescitis quid petatis*; hombres ciegos, tengo piedad de vuestra ignorancia, no sabéis lo que pedís; dejadme dirigir vuestros intereses, conducir vuestra fortuna, conozco mejor que vosotros lo que necesitáis; si hasta ahora hubiera tenido consideración a vuestros sentimientos y a vuestros gustos, estaríais ya perdidos y sin recurso.

Cuando Dios nos prueba

¿Pero queréis estar persuadidos que en todo lo que Dios permite, en todo lo que os sucede, sólo se persigue vuestro verdadero interés, vuestra verdadera dicha eterna? Reflexionad un poco en todo lo que ha hecho por vosotros. Ahora estáis en la aflicción; pensad que el autor de ella, es el mismo que ha querido pasar toda su vida en dolores para ahorraros los eternos; que es el mismo que tiene su ángel a vuestro lado, velando bajo su mandato en todos vuestros caminos y aplicándose a apartar todo lo que podría herir vuestro cuerpo o mancillar vuestra alma; pensad que el que os ata a esta pena es el mismo que en nuestros altares no cesa de rogar y de sacrificarse mil veces al día para expiar vuestros crímenes y para apaciguar la cólera de su Padre a medida que le irritáis; que es el que viene a vosotros con tanta bondad en el sacramento de la Eucaristía, el que no tiene mayor placer, que el de conversar con vosotros y el de unirse a vosotros. Tras estas pruebas de amor, ¡qué ingratitud más grande desconfiar de Él, dudar sobre si nos visita para hacernos bien o para perjudicarnos! —¡Pero me hiere cruelmente, hace pesar su mano sobre mí!— ¿Qué habéis de temer de una mano que ha sido perforada, que se ha dejado clavar a la cruz por vosotros? —¡Me hace caminar por un camino espinoso!— ¡Si no hay otro para ir al cielo, desgraciados seréis, si preferís perecer para siempre antes que sufrir por un tiempo! ¿No es éste el mismo camino que ha seguido antes que vosotros y por amor vuestro? ¿Habéis encontrado alguna espina que no haya señalado, que no haya teñido con su sangre? ¡Me presenta un cáliz lleno de amargura! Sí, pero pensad que es

vuestro divino Redentor quien os lo presenta; amándoos tanto como lo hace, ¿podría trataros con rigor si no tuviera una extraordinaria utilidad o una urgente necesidad? Tal vez habéis oído hablar del príncipe que prefirió exponerse a ser envenenado antes que rechazar el brebaje que su médico le había ordenado beber, porque había reconocido siempre en este médico mucha fidelidad y mucha afección a su persona. Y nosotros, cristianos, irechazaremos el cáliz que nos ha preparado nuestro divino Maestro, osaremos ultrajarle hasta ese punto! Os suplico que no olvidéis esta reflexión; si no me equivoco, basta para hacernos amar las disposiciones de la voluntad divina por molestas que nos parezcan. Además, éste es el medio de asegurar infaliblemente nuestra dicha incluso desde esta vida.

Arrojarse en los brazos de Dios

Supongo, por ejemplo, que un cristiano se ha liberado de todas las ilusiones del mundo por sus reflexiones y por las luces que ha recibido de Dios, que reconoce que todo es vanidad, que nada puede llenar su corazón, que lo que ha deseado con las mayores ansias es a menudo fuente de los pesares más mortales; que apenas si se puede distinguir lo que nos es útil de lo que nos es nocivo, porque el bien y el mal están mezclados casi por todas partes, y lo que ayer era lo más ventajoso es hoy lo peor; que sus deseos no hacen más que atormentarle, que los cuidados que toma para triunfar le consumen y algunas veces le perjudican, incluso en sus planes, en lugar de hacerlos avanzar; que, al fin y al cabo, es una necesidad de Dios, que no se hace nada fuera de su mandato y que no ordena nada a nuestro respecto que no nos sea ventajoso.

Después de percibir todo esto, supongo también que se arroja a los brazos de Dios como un ciego, que se entrega a Él, por decirlo así, sin condiciones ni reservas, resuelto enteramente a fiarse a Él en todo y de no desear nada, no temer nada, en una palabra, de no querer nada más que lo que Él quiera, y de querer igualmente todo lo que Él quiera; afirmo

que desde este momento esta dichosa creatura adquiere una libertad perfecta, que no puede ser contrariada ni obligada, que no hay ninguna potencia que sea capaz de hacerle violencia o de darle un momento de inquietud.

Pero, ¿no es una quimera que a un hombre le impresionen tanto los males como los bienes? No, no es ninguna quimera; conozco personas que están tan contentas en la enfermedad como en la salud, en la riqueza como en la indigencia; incluso conozco quienes prefieren la indigencia y la enfermedad a las riquezas y a la salud.

Además no hay nada más cierto que lo que os voy a decir: Cuanto más nos sometamos a la voluntad de Dios, más condescendencia tiene Dios con nuestra voluntad. Parece que desde que uno se compromete únicamente a obedecerle, Él sólo cuida de satisfacernos; y no sólo escucha nuestras oraciones, sino que las previene, y busca hasta el fondo de nuestro corazón estos mismos deseos que intentamos ahogar para agradecerle y los supera a todos.

En fin, el gozo del que tiene su voluntad sumisa a la voluntad de Dios es un gozo constante, inalterable, eterno. Ningún temor turba su felicidad, porque ningún accidente puede destruirla. Me lo represento como un hombre sentado sobre una roca en medio del océano; ve venir hacia él las olas más furiosas sin espantarse, le agrada verlas y contarlas a medida que llegan a romperse a sus pies; que el mar esté calmo o agitado; que el viento impulse las olas de un lado o del otro, sigue inalterable porque el lugar donde se encuentra es firme e inquebrantable.

De ahí nace esa paz, esta calma, ese rostro siempre sereno, ese humor siempre igual que advertimos en los verdaderos servidores de Dios.

Práctica del abandono confiado

Nos queda por ver cómo podemos alcanzar esta feliz sumisión. Un camino seguro para conducirnos es el ejercicio frecuente de esta virtud. Pero como las grandes ocasiones de

practicarla son bastante raras, es necesario aprovechar las pequeñas que son diarias y cuyo buen uso nos prepara enseguida para soportar los mayores reveses, sin conmovernos. No hay nadie a quien cien cosillas contrarias a sus deseos e inclinaciones, sea por nuestra imprudencia o distracción, sea por la inconsideración o malicia de otro, ya sean el fruto de un puro efecto del azar o del concurso imprevisto de ciertas causas necesarias. Toda nuestra vida está sembrada de esta clase de espinas que sin cesar nacen bajo nuestras pisadas, que producen en nuestro corazón mil frutos amargos, mil movimientos involuntarios de aversión, de envidia, de temor, de impaciencia, mil enfados pasajeros, mil ligeras inquietudes, mil turbaciones que alteran la paz de nuestra alma al menos por un momento. Se nos escapa por ejemplo una palabra que no quisiéramos haber dicho o nos han dicho otra que nos ofende; un criado sirve mal o con demasiada lentitud, un niño os molesta, un importuno os detiene, un atolondrado tropieza con vosotros, un caballo os cubre de lodo, hace un tiempo que os desagrada, vuestro trabajo no va como desearíais, se rompe un mueble, se mancha un traje o se rompe. Sé que en todo esto no hay que ejercitar una virtud heroica, pero os digo que bastaría para adquirirla infaliblemente si quisiéramos; pues si alguien tuviera cuidado para ofrecer a Dios todas estas contrariedades y aceptarlas como dadas por su Providencia, y si además se dispusiera insensiblemente a una unión muy íntima con Dios, será capaz en poco tiempo de soportar los más tristes y funestos accidentes de la vida.

A este ejercicio que es tan fácil, y sin embargo tan útil para nosotros y tan agradable a Dios que ni puedo decíroslo, hemos de añadir también otro. Pensad todos los días, por las mañanas, en todo lo que pueda sucederos de molesto a lo largo del día. Podría suceder que en este día os trajeran la nueva de un naufragio, de una bancarrota, de un incendio; quizá antes de la noche recibiréis alguna gran afrenta, alguna confusión sangrante; tal vez sea la muerte la que os arrebatará la persona más querida de vosotros; tampoco sabéis si vais a morir vosotros mismos de una manera trágica y súbitamente. Aceptad todos estos males en caso de que quiera Dios permitirlos; obli-

gad vuestra voluntad a consentir en este sacrificio y no os deis ningún reposo hasta que no la sintáis dispuesta a querer o a no querer todo lo que Dios quiera o no quiera.

En fin, cuando una de estas desgracias se deje en efecto sentir, en lugar de perder el tiempo quejándose de los hombres o de la fortuna, id a arrojaros a los pies de vuestro divino Maestro, para pedirle la gracia de soportar este infortunio con constancia. Un hombre que ha recibido una llaga mortal, si es prudente no correrá detrás del que le ha herido, sino ante todo irá al médico que puede curarle. Pero si en semejantes encuentros, buscarais la causa de vuestros males, también entonces deberíais ir a Dios pues no puede ser otro el causante de vuestro mal.

Id pues a Dios, pero id pronto, inmediatamente, que sea éste el primero de todos vuestros cuidados; id a contarle, por así decirlo, el trato que os ha dado, el azote de que se ha servido para probaros. Besad mil veces las manos de vuestro Maestro crucificado, esas manos que os han herido, que han hecho todo el mal que os aflige. Repetid a menudo aquellas palabras que también Él decía a su Padre, en lo más agudo de su dolor: *Señor, que se haga vuestra voluntad y no la mía; Fiat voluntas tua*. Sí, mi Dios, en todo lo que queráis de mí hoy y siempre, en el cielo y en la tierra, que se haga esta voluntad, pero que se haga en la tierra como se cumple en el cielo.

2. LAS ADVERSIDADES SON ÚTILES A LOS JUSTOS, NECESARIAS A LOS PECADORES

Ved a esta madre amante que con mil caricias mira de apaciguar los gritos de su hijo, que le humedece con sus lágrimas mientras le aplican el hierro y el fuego; desde el momento en que esta dolorosa operación se hace ante sus ojos y por su mandato, ¿quién va a dudar de que este remedio violento debe ser muy útil a este hijo que después encontrará una perfecta curación o al menos el alivio de un dolor más vivo y duradero?

Hago el mismo razonamiento cuando os veo en la adversidad. Os quejáis de que se os maltrate, os ultrajen, os denigren con calumnias, que os despojen injustamente de vuestros bienes: Vuestro Redentor —este nombre es aún más tierno que el de padre o madre—, vuestro Redentor es testigo de todo lo que sufrís, Él os lleva en su seno, y ha declarado que cualquiera que os toque, le toca a Él mismo en la niña del ojo; sin embargo. Él mismo permite que seáis atravesado, aunque pudiera fácilmente impedirlo, ¡y dudáis que esta prueba pasajera no os procure las más sólidas ventajas! Aunque el Espíritu Santo no hubiera llamado bienaventurados a los que sufren aquí abajo, aunque todas las páginas de la Escritura no hablaran en favor de las adversidades, y no viéramos que son el pago más corriente de los amigos de Dios, no dejaría de creer que nos son infinitamente ventajosas. Para persuadirme, basta saber que Dios ha preferido sufrir todo lo que la rabia de los hombres ha podido inventar en las torturas más horribles, antes de verme condenado a los menores suplicios de la otra vida; basta, dije, que sepa que es Dios mismo quien me prepara, quien me presenta el cáliz de amargura que debo beber en este mundo. Un Dios que ha sufrido tanto para impedirme sufrir, no se dará el cruel e inútil placer de hacerme sufrir ahora.

Hay que fiar en la Providencia

Para mí, cuando veo a un cristiano abandonarse al dolor en las penas que Dios le envía, digo en primer lugar: «He aquí un hombre que se aflige de su dicha; ruega a Dios que le libre de la indigencia en que se encuentra y debería darle gracias de haberle reducido a ella.

Estoy seguro que nada mejor podría acaecerle que lo que hace el motivo de su desolación; para creerlo tengo mil razones sin réplica. Pero si viera todo lo que Dios ve, si pudiera leer en el porvenir las consecuencias felices con las que coronará estas tristes aventuras, ¿cuánto más no me aseguraría en mi pensamiento?

En efecto, si pudiéramos descubrir cuales son los designios

de la Providencia, es seguro que desearíamos con ardor los males que sufrimos con tanta repugnancia.

¡Dios mío!, si tuviéramos un poco más de fe, si supiéramos cuánto nos amáis, cómo tenéis en cuenta nuestros intereses, ¿cómo miraríamos las adversidades? Iríamos en busca de ellas ansiosamente, bendeciríamos mil veces la mano que nos hiere.

«¿Qué bien puede proporcionarme esta enfermedad que me obliga a interrumpir todos mis ejercicios de piedad?», dirá tal vez alguien. «¿Qué ventaja puedo obtener de la pérdida de todos mis bienes que me sitúa en el desespero, de esta confusión que abate mi valor y que lleva la turbación a mi espíritu?». Es cierto que estos golpes imprevistos, en el momento en que hieren acaban algunas veces con aquellos sobre quienes caen y les sitúan fuera del estado de aprovecharse inmediatamente de su desgracia: Pero esperad un momento y veréis que es por allí por donde Dios os prepara para recibir sus favores más insignes. Sin este accidente, es posible que no hubierais llegado a ser peor, pero no hubierais sido tan santo. ¿No es cierto que desde que os habéis dado a Dios, no os habíais resuelto a despreciar cierta gloria fundada en alguna gracia del cuerpo o en algún talento del espíritu, que os atraía la estima de los hombres? ¿No es cierto que teníais aún cierto amor al juego, a la vanidad, al lujo? ¿No es cierto que no os había abandonado el deseo de adquirir riquezas, de educar a vuestros hijos con los honores del mundo? Quizá incluso cierto afecto, alguna amistad poco espiritual disputaba aún vuestro corazón a Dios. Sólo os faltaba este paso para entrar en una libertad perfecta; era poco, pero, en fin, no hubierais podido hacer aún este último sacrificio; sin embargo, ¿de cuántas gracias no os privaba este obstáculo? Era poco, pero no hay nada que cueste tanto al alma cristiana como el romper este último lazo que le liga al mundo o a ella misma; sólo en esta situación siente una parte de su enfermedad; pero le espanta el pensamiento de su remedio, porque el mal está tan cerca del corazón que sin el socorro de una operación violenta y dolorosa, no se le puede curar; por esto ha sido necesario sorprenderos, que cuando menos pensabais en ello, una mano hábil haya llevado el hierro adelante en la carne viva, para horadar esta úl-

cera oculta en el fondo de vuestras entrañas; sin este golpe, duraría aún vuestra languidez. Esta enfermedad que se detiene, esta bancarrota que os arruina, esta afrenta que os cubre de vergüenza, la muerte de esta persona que lloráis, todas estas desgracias harán en un instante lo que no hubieran hecho todas vuestras meditaciones, lo que todos vuestros directores hubieran intentado inútilmente.

Ventajas inesperadas de las pruebas

Y si la aflicción en que estáis por voluntad de Dios, os hacía de todas las creaturas, si os compromete a daros enteramente a vuestro Creador, estoy seguro que le estaréis más agradecidos por lo que os ha afligido, que por lo que le hubierais ofrecido en vuestros votos si os evitaba la aflicción; los demás favores que habéis recibido de Él, comparados con esta desgracia, no serán a vuestros ojos más que pequeños favores. Siempre habéis mirado las bendiciones temporales que ha derramado hasta ahora sobre vuestra familia como los efectos de su bondad hacia vosotros; pero entonces veréis claramente que nunca os amó tanto como cuando trastornó todo lo que había hecho para vuestra prosperidad, y que si había sido liberal al daros las riquezas, el honor, los hijos y la salud, ha sido pródigo al quitaros todos estos bienes.

No hablo de los méritos que se adquieren por la paciencia; por lo general, es cierto que se gana más para el cielo en un día de adversidad que durante varios años pasados en la alegría, por santo que sea el uso que se haga de ella.

Todo el mundo conoce que la prosperidad nos debilita; y es mucho cuando un hombre dichoso, según el mundo, se toma la pena de pensar en el Señor una o dos veces por día; las ideas de los bienes sensibles que le rodean ocupan tan agradablemente su espíritu que olvida con mucho todo lo demás. Por el contrario la adversidad nos lleva de un modo natural a elevar los ojos al cielo, para, mediante esta visión, suavizar la amarga impresión de nuestros males. Sé que se puede glorificar a Dios en toda clase de estados y que no deja de honrarle

la vida de un cristiano que le sirve en una alegre fortuna; pero ¡quién asegura que este cristiano le honra tanto como el hombre que le bendice en los sufrimientos! Se puede decir que el primero es semejante a un cortesano asiduo y regular, que no abandona nunca a su príncipe, que le sigue al consejo, que todo lo hace a gusto, que hace honor a sus fiestas; pero que el segundo es como un valiente capitán, que toma las ciudades para su rey, que le gana las batallas, a través de mil peligros y a precio de su sangre, que lleva lejos la gloria de las armas de su señor y los límites de su imperio.

Del mismo modo, un hombre que disfruta de una salud robusta, que posee grandes riquezas, que vive en honor, que tiene la estima del mundo, si este hombre usa como debe de todas estas ventajas, si las refiere a Dios como a su divino Maestro por una conducta tan cristiana; pero si la Providencia le despoja de todos estos bienes, si le consume de dolores y de miserias y si en medio de tantos males, persevera en los mismos sentimientos, en las mismas acciones de gracias, si sigue al Señor con la misma prontitud y la misma docilidad, por un camino tan difícil, tan opuesto a sus inclinaciones, entonces es cuando publica las grandezas de Dios y la eficacia de su gracia, del modo más generoso y brillante.

Ocasiones de méritos y de salvación

Juzgad de ahí la gloria que deben esperar de Jesucristo las personas que le habrán glorificado en un camino tan espinoso. Entonces será cuando nosotros reconoceremos cuánto nos habrá amado Dios, dándonos las ocasiones de merecer una recompensa tan abundante; entonces nos reprocharemos a nosotros mismos el habernos quejado de lo que debería aumentar nuestra felicidad; de haber dudado de la bondad de Dios, cuando nos daba las señales más seguras. Si un día han de ser así nuestros sentimientos, ¿por qué no entrar desde hoy en una disposición tan feliz? ¿Por qué no bendecir a Dios en medio de los males de esta vida, si estoy seguro que en el cielo le daré gracias eternas?

Todo esto nos hace ver que sea cuál sea el modo como vivamos deberíamos recibir siempre toda adversidad con alegría. Si somos buenos, la adversidad nos purifica y nos vuelve mejores, nos llena de virtudes y de méritos; si somos viciosos, nos corrige y nos obliga a ser virtuosos.

3. RECURSO A LA ORACION

Es extraño que habiéndose comprometido Jesucristo tan a menudo y tan solemnemente a atender todos nuestros votos, la mayor parte de los cristianos se quejan todos los días de no ser escuchados. Pues, no se puede atribuir la esterilidad de nuestras oraciones a la naturaleza de los bienes que pedimos, ya que no ha exceptuado nada en sus promesas: *Omnia quacumque orantes petitis credite quia accipietis*. Tampoco se puede atribuir esta esterilidad a la indignidad de los que piden, pues lo ha prometido a toda clase de personas sin excepción: *Omnis qui petit accipit*. ¿De dónde puede venir que tantas oraciones nuestras sean rechazadas? ¿Quizás no se deba a que como la mayor parte de los hombres son igualmente insaciables e impacientes en sus deseos, hacen demandas tan excesivas o con tanta urgencia que cansan, que desagradan al Señor o por su indiscreción o por su importunidad? No, no; la única razón por la que obtenemos tan poco de Dios es porque le pedimos demasiado poco y con poca insistencia.

Es cierto que Jesucristo nos ha prometido de parte de su Padre, concedernos *todo*, incluso las cosas más pequeñas; pero nos ha prescrito observar un orden en todo lo que pedimos y, sin la observancia de esta regla, en vano esperaremos obtener nada. En San Mateo se nos ha dicho: Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura: *Quaerite primum regnum Dei, et haec omnia adicientur vobis*.

Para obtener bienes

No se os prohíbe desear las riquezas, y todo lo que es nece-

sario para vivir, incluso para vivir bien; pero hay que desear estos bienes en su rango, y si queréis que todos vuestros deseos a este respecto se cumplan infaliblemente, pedid primero las cosas más importantes, a fin de que se añadan las pequeñas al daros las mayores.

He aquí exactamente lo que le sucedió a Salomón. Dios le había dado la libertad de pedir todo lo que quisiera, él le suplicó de concederle la sabiduría, que necesitaba para cumplir santamente con sus deberes de la realeza. No hizo ninguna mención de los tesoros ni de la gloria del mundo; creyó que haciéndole Dios una oferta tan ventajosa tendría la ocasión de obtener bienes considerables. Su prudencia le mereció en seguida lo que pedía e incluso lo que no pedía. *Quia postulasti verbum hoc, et non petisti tibi dies multos nec divitas..., ecce feci tibi secundum sermones tuos*: Te concedo de gusto esta sabiduría porque me la has pedido, pero no dejaré de colmarte de años, de honores y de riquezas, porque no me has pedido nada de todo esto: *Sed et haec quae non postulasti, divitas scilicet et gloriam*.

Si este es el orden que Dios observa en la distribución de sus gracias, no nos debemos extrañar que hasta ahora hayamos orado sin éxito. Os confieso que a menudo estoy lleno de compasión cuando veo la diligencia de ciertas personas, que distribuyen limosnas, que hacen promesa de peregrinaciones y ayunos, que interesan hasta a los ministros del altar para el éxito de sus empresas temporales. ¡Hombres ciegos, temo que roguéis y que hagáis rogar en vano! Hay que hacer estas ofrendas, estas promesas de ayunos y peregrinaciones, para obtener de Dios una entera reforma de vuestras costumbres, para obtener la paciencia cristiana, el desprecio del mundo, el desapego de las creaturas; tras estos primeros pasos de un celo regulado, hubierais podido hacer oraciones por el restablecimiento de vuestra salud y por el progreso de vuestros negocios; Dios hubiera escuchado estas oraciones, o mejor, las hubiera prevenido y se hubiera contentado de conocer vuestros deseos para cumplirlos.

Sin estas gracias primeras, todo lo demás podría ser perjudicial y de ordinario así es; he aquí por qué somos rechazados.

Murmuramos, acusamos al Cielo de dureza, de poca fidelidad en sus promesas. Pero nuestro Dios es un padre lleno de bondad, que prefiere sufrir nuestras quejas y nuestras murmuraciones, antes que apaciguarlas con presentes que nos serían funestos.

Para apartar los males

Lo que he dicho de los bienes, lo digo también de los males de que deseamos vernos libres. Alguien dirá que él no suspira por una gran fortuna, que se contentaría con salir de esta extrema indigencia en la que sus desgracias lo han reducido; deja la gloria y la alta reputación para los que la ansían, desearía tan sólo evitar el oprobio en que le sumergen las calumnias de sus enemigos; en fin, puede pasarse de los placeres, pero sufre dolores que no puede soportar; desde hace tiempo está rogando, pide al Señor con insistencia a ver si quiere suavizarlos; pero le encuentra inexorable. No me sorprende; tenéis males secretos mucho mayores que los males de que os quejáis, sin embargo son males de los que no pedís ser librados; si para conseguirlo hubierais hecho la mitad de las oraciones que habéis hecho para ser curados de los males exteriores, haría ya mucho tiempo que hubierais sido librados de los unos y de los otros. La pobreza os sirve para mantener en humildad a vuestro espíritu, orgulloso por naturaleza; el apego extremo que tenéis por el mundo os hace necesarias estas medicinas que os afligen; en vosotros las enfermedades son como un dique contra la inclinación que tenéis por el placer, contra esta pendiente que os arrastraría a mil desgracias. El descargaros de estas cruces, no sería amaros, sino odiaros cruelmente, a no ser que os concedan las virtudes que no tenéis. Si el Señor os viera con cierto deseo de estas virtudes, os las concedería sin dilación y no sería necesario pedir el resto.

No se pide bastante

Ved cómo por no pedir bastante, no recibimos nada, por-

que Dios no podría limitar su liberalidad a pequeños objetos, sin perjudicarnos a nosotros mismos. Os ruego observéis que no digo que no se puedan pedir prosperidades temporales sin ofenderle, y pedir ser liberados de las cruces bajo las que gemimos; sé que para rectificar las oraciones por las que se solicita este tipo de gracias basta con pedir las con la condición de que no sean contrarias ni a la gloria de Dios, ni a nuestra propia salvación; pero como es difícil que sea glorioso a Dios el escucharos o útil para vosotros, si no aspiráis a mayores dones, os digo que en tanto os contentéis con poco, corréis el riesgo de no obtener nada.

¿Queréis que os dé un buen método para pedir la felicidad incluso temporal, método capaz de forzar a Dios para que os escuche? Decidle de todo corazón: Dios mío, dadme tantas riquezas que mi corazón sea satisfecho o inspiradme un desprecio tan grande que no las desee más; libradme de la pobreza o hacédmela tan amable que la prefiera a todos los tesoros de la tierra; que cesen estos dolores, o lo que será aún más glorioso para Vos, haced que cambien en delicias para mí y que lejos de afligirme y de turbar la paz de mi alma lleguen a ser, a su vez, la fuente más dulce de alegría. Podéis descargar me de la cruz; podéis dejármela, sin que sienta el peso. Podéis extinguir el fuego que me quema; podéis hacer, que en lugar de apagarlo para que no me queme, me sirva de refrigerio, como lo fue para los jóvenes hebreos en el horno de Babilonia. Os pido lo uno o lo otro. ¿Qué importa el modo como yo sea feliz? Si lo soy por la posesión de los bienes terrestres, os daré eternas acciones de gracias; si lo soy por la privación de estos mismos bienes, será un prodigio que dará más gloria a vuestro nombre y yo estaré aún más reconocido.

He aquí una oración digna de ser ofrecida a Dios por un verdadero cristiano. Cuando roguéis de este modo, ¿sabéis cuál es el efecto de vuestros votos? En el primer lugar estaréis contento suceda lo que suceda; ¿acaso desean otra cosa los que están deseosos de bienes temporales que estar contentos? En segundo lugar, no solamente no obtendréis infaliblemente una de las dos cosas que habéis perdido, sino que ordinariamente obtendréis las dos. Dios os concederá el disfrute de las rique-

zas, y para que las poseáis sin apego y sin peligro, os inspirará a la vez un desprecio saludable. Pondrá fin a vuestros dolores, y además os dejará una sed ardiente que os dará el mérito de la paciencia, sin que sufráis. En una palabra, os hará felices en esta vida y temiendo que vuestra dicha no os corrompa, os hará conocer y sentir la vanidad. ¿Se puede desear algo más ventajoso? Nada, sin duda. Pero como una ventaja tan preciosa es digna de ser pedida, acordaos también que merece ser pedida con insistencia. Pues la razón por la que se obtiene tan poco, no es solamente porque se pide poco, es también porque, se pida poco o mucho, no se pide bastante.

Perseverancia en la oración

¿Queréis que todas vuestras oraciones sean eficaces infaliblemente? ¿Queréis forzar a Dios a satisfacer todos vuestros deseos? En primer lugar os digo que no hay que cansarse de orar. Los que se cansan después de haber rogado durante un tiempo, carecen de humildad o de confianza; y de este modo no merecen ser escuchados. Parece como si pretendierais que se os obedezca al momento vuestra oración como si fuera un mandato; ¿no sabéis que Dios resiste a los soberbios y que se complace en los humildes? ¿Qué? ¿Acaso vuestro orgullo no os permite sufrir que os hagan volver más de una vez para la misma cosa? Es tener muy poca confianza en la bondad de Dios el desesperar tan pronto, el tomar las menores dilaciones por rechazos absolutos.

Cuando se concibe verdaderamente hasta dónde llega la bondad de Dios, jamás se cree uno rechazado, jamás se podría creer que desee quitarnos toda esperanza. Pienso, lo confieso, que cuando veo que más me hace insistir Dios en pedir una misma gracia, más siento crecer en mí la esperanza de obtenerla; nunca creo que mi oración haya sido rechazada, hasta que me doy cuenta de que he dejado de orar; cuando tras un año de solicitudes, me encuentro en tanto fervor como tenía al principio, no dudo del cumplimiento de mis deseos; y lejos

de perder valor después de tan larga espera, creo tener motivo para regocijarme, porque estoy persuadido que seré tanto más satisfecho cuanto más largo tiempo se me haya dejado rogar. Si mis primeras instancias hubieran sido totalmente inútiles, jamás hubiera reiterado los mismos votos, mi esperanza no se hubiera sostenido; ya que mi asiduidad no ha cesado, es una razón para mí el creer que seré pagado liberalmente.

En efecto, la conversión de san Agustín no fue concedida a santa Mónica hasta después de diez y seis años de lágrimas; pero también fue una conversión incomparablemente más perfecta que la que había pedido. Todos sus deseos se limitaban a ver reducida la incontinencia de este joven en los límites del matrimonio, y tuvo el placer de verle abrazar los más elevados consejos de castidad evangélica. Había deseado solamente que se bautizara, que fuera cristiano, y ella le vio elevado al sacerdocio, a la dignidad episcopal.

En fin, ella sólo pedía a Dios verle salir de la herejía y hizo Dios de él la columna de la Iglesia y el azote de los herejes de su tiempo. Si después de un año o dos de oraciones, esta piadosa madre se hubiera desanimado, si después de diez o doce años, viendo que el mal crecía cada día, que este hijo desgraciado se comprometía cada día en nuevos errores, en nuevos excesos, que a la impureza había añadido la avaricia y la ambición; si lo hubiera abandonado todo entonces por desesperación, ¡cuál hubiera sido su ilusión! ¿Qué agravio no hubiera hecho a u hijo? ¡De qué consolación no se hubiera privado ella misma! ¡De qué tesoro no hubiera frustrado a su siglo y a todos los siglos venideros!

Una confianza obstinada

Para terminar, me dirijo a aquellas personas que veo inclinadas a los pies del altar, para obtener estas preciosas gracias que Dios tiene tanta complacencia en vernos pedir. Almas dichosas, a quienes Dios da a conocer la vanidad de las cosas mundanas, almas que gemís bajo el yugo de vuestras pasiones

y que rogáis para ser librados de ellas, almas fervientes que estáis inflamadas del deseo de amar a Dios y de servirle como los santos le han servido y usted que solicita la conversión de este marido, de esta persona querida, no os canséis de rogar, sed constantes, sed infatigables en vuestras peticiones; si se os rechazan hoy, mañana lo obtendréis todo; si no obtenéis nada este año, el año próximo os será más favorable; sin embargo, no penséis que vuestros afanes sean inútiles: Se lleva la cuenta de todos vuestros suspiros, recibiréis en proporción al tiempo que hayáis empleado en rogar; se os está amasando un tesoro que os colmará de una sola vez, que excederá a todos vuestros deseos.

Es necesario descubriros hasta el fin los resortes secretos de la Providencia: La negativa que recibís ahora no es más que un fingimiento del que Dios se sirve para inflamar más vuestro fervor. Ved cómo obra respecto a la Cananea, cómo rehúsa verla y oírla, cómo la trata de extranjera y más duramente aún. ¿No diréis que la importunidad de esta mujer le irrita más y más? Sin embargo, dentro de Él, la admira y está encantado de su confianza y de su humildad; y por esto la rechaza. ¡Oh clemencia disfrazada, que toma la máscara de la crueldad, con qué ternura rechazas a los que más quieres escuchar! Guardaros de dejaros sorprender; al contrario, urgid tanto más cuanto más os parezca que sois rechazados.

Haced como la Cananea, servíos contra Dios mismo de las razones que pueda tener para rechazaros. Es cierto debéis decir, que favorecerme sería dar a los perros el pan de los hijos, no merezco la gracia que pido, pero tampoco pretendo que se me conceda por mis méritos, es por los méritos de mi amable Redentor. Sí, Señor, debéis temer que haya más consideración a mi indignidad que a vuestra promesa, y que queriendo hacerme justicia os engañéis a vos mismo. Si fuera más digno de vuestros beneficios, os sería menos glorioso el hacerme partícipe de ellos. No es justo hacer favores a un ingrato; ¡oh, Señor!, no es vuestra justicia lo que yo imploro, sino vuestra misericordia. ¡Mantén tu ánimo! dichoso de ti que has comenzado a luchar tan bien contra Dios; no le dejes tranquilo; le agrada la violencia que le hacéis, quiere ser vencido. Hacedos notar por

vuestra importunidad, haced ver en vosotros un milagro de constancia; forzad a Dios a dejar el disfraz y a deciros con admiración; *Magna est fides tua, fiat tibi sicut vis*: Grande es tu fe; confieso que no puedo resistirte más; vete, tendrás lo que deseas, tanto en esta vida como en la otra.

EJERCICIO PARTICULAR DE CONFORMIDAD CON LA DIVINA PROVIDENCIA

La práctica de este piadoso ejercicio es de suma importancia, a causa de las preciosas ventajas que extraen siempre las personas que lo realizan bien.

1. ACTOS DE FE, DE ESPERANZA Y DE CARIDAD

I. En primer lugar se hace un acto de fe en la Providencia divina. Se intenta penetrarse bien de esta verdad de que Dios toma un cuidado continuo y muy atento, no solamente de todas las cosas en general, sino también de cada una en particular, de nosotros sobre todo, de nuestra alma, de nuestro cuerpo, de todo lo que nos interesa; que su solicitud, a la que nada escapa, se extiende a nuestra reputación, a nuestros trabajos, a nuestras necesidades de toda clase, a nuestra salud como a nuestras enfermedades, a nuestra vida como a nuestra muerte y hasta al menor de nuestros cabellos que no puede caer sin su permiso.

II. Luego del acto de fe, se hace un acto de esperanza. Entonces, se excita uno a una firme confianza en que esta Providencia divina proveerá a todo lo que nos concierne, que nos dirigirá, nos defenderá con una vigilancia y una afección más que paternal y nos gobernará de tal modo que suceda lo que suceda, si nos sometemos a su dirección, todo nos será favorable y volverá en bien nuestro, incluso las cosas que parezcan más contrarias.

III. A estos dos actos hay que añadir el de la caridad. Se testimonia a la divina Providencia el más vivo afecto, el amor más tierno, como un niño lo testimonia a su buena madre, refugiándose en sus brazos; se hacen protestas de un amor absoluto por todos sus designios, por impenetrables que sean, sabiendo que son el fruto de una sabiduría infinita que no puede equivocarse y de bondad soberana que no puede querer más que la perfección de sus criaturas; se hace de tal modo que este aprecio sea bastante práctico para disponernos a hablar de buena gana de la Providencia e incluso a tomar su defensa altamente contra los que se permitan negarla o criticarla.

2. ACTO DE FILIAL ABANDONO A LA PROVIDENCIA

Después de haber renovado muchas veces estos actos y de haberse penetrado bien de ellos, el alma se abandona a la divina Providencia, reposa y duerme dulcemente en sus brazos, como un niño en los brazos de su madre. Hace suyas entonces aquellas palabras de David: *En paz me duermo luego que me acuesto porque tú, Señor, me das seguridad* (Ps 4, 9-10). O bien dirá con el mismo profeta: *El Señor es mi Pastor; nada me falta. Me pone en verdes pastos y me lleva a frescas aguas. Recrea mi alma y me guía por las rectas sendas, por amor de su nombre y por mi perfección. ¡Oh mi Señor! guiado por vuestra mano y cubierto por vuestra protección, aunque haya de pasar por un valle tenebroso, en medio de mis enemigos, no temeré mal alguno, porque Tú estás conmigo. Tu clava y tu cayado son mi consuelo. Tú pones ante mí una mesa, enfrente de mis enemigos. Sólo bondad y benevolencia me acompañan todos los días de mi vida, y estaré en la casa del Señor por muy largos años* (Ps 22).

Llena de la alegría que le inspira también suaves palabras el alma recibe con respeto a esta dichosa disposición, todos los acontecimientos presentes de manos de la divina Providencia y espera todos los venideros con una dulce tranquilidad de espíritu, con una paz deliciosa. Vive como un niño, al abrigo de

toda inquietud. Pero esto no quiere decir que ella permanezca en una espera ociosa de las cosas teniendo necesidad de ellas o que descuide el aplicarse a los asuntos que se presenten. Al contrario, hace por su parte, todo lo que depende de su mano, para llevarlos bien, emplea en ellos todas sus facultades; pero sólo se da a tales cuidados bajo la dirección de Dios, no mira su propia previsión más que como sometida enteramente a la de Dios y le abandona la libre disposición de todo, no esperando otro éxito que el que está en los designios de la voluntad divina.

3. UTILIDAD DE ESTE EJERCICIO

¡Oh! ¡Cuánta gloria y honor da a Dios el alma dispuesta de este modo!

Verdaderamente es una gran gloria para Él el tener una creatura tan apegada a su Providencia, tan dependiente de su conducta, llena de una esperanza tan firme y disfrutando de un reposo de espíritu tan profundo en espera de lo que tenga a bien enviarle. Y también, ¡cuánto cuidado no tomará Dios de tal alma! Él vela sobre las menores cosas que le interesan: Inspiran a los hombres establecidos para gobernarla todo lo que es necesario para dirigirla bien; y si por el motivo que sea, esos hombres quisieran obrar en relación con ella de un modo que le fuera perjudicial, Él haría surgir obstáculo a sus designios por caminos secretos e inesperados y les forzaría a adoptar lo que sería más ventajoso para esta alma querida.

El Señor guarda a cuantos le aman (Ps 144, 20). Si la Escritura da ojos a este Dios de bondad, es para velar por ellos; si le atribuye orejas es para escucharlos; si manos, es para defenderlos. Y quien les toque, toca al Señor en la niña de los ojos. *Los niños serán llevados a la cadera*, dice el Señor por boca del profeta Isaías, *y serán acariciados sobre las rodillas. Como consuela una madre a su hijo, así os consolaré yo a vosotros* (Is 66, 12-13). En Oseas: *Yo enseñé a andar a Efraín, le llevé en brazos* (Os 11, 3). Mucho tiempo antes Moisés había dicho: *En el desierto has visto como te ha llevado el Señor, tu*